

**Armando Bartra\***

## **Mesoamericanos: recalentando una identidad colectiva**

### **I**

Manifiéstase bien la flaqueza [...] que entonces tenían los griegos, que no había hecho Grecia hazaña alguna en común, ni tampoco toda ella tenía el nombre de Grecia [...] sino cada gente el suyo. (Pero después de la incursión troyana)[...] todos aquellos que eran como griegos, y se comunicaban entre sí, fueron llamados con un mismo apellido.

Tucídides, Historia de la guerra del Peloponeso

TUCÍDIDES NOS RECUERDA que, entre el 500 y el 400 a.C., los griegos se inventan a sí mismos al mitificar la guerra de Troya, pero sobre todo derrotando al unísono la incursión persa. Dos milenios y medio después los pueblos siguen tejiendo identidades con los hilos del mito, la resistencia y la lucha.

La conciencia de la unidad de la Hélade frente a los “bárbaros” -entendidos no tanto como bastos y tartajosos sino como “otros”- arranca con la expedición troyana. Pero después “Grecia estuvo mucho tiempo sin hacer obra memorable en común y a nombre de todos, ni tampoco podía hacerlo cada ciudad de por sí”. Hasta que, providencialmente, llega “...el rey Jerjes de Persia con grandes huestes y el propósito de conquistar [...] Poco tiempo después, todos a una y de común acuerdo, echaron a los bárbaros...”. Y así, la Hélade devino protagonista histórico, y de hecho único actor de La Historia propiamente dicha, pues para el ateniense los pueblos bárbaros sólo transcurren.

Dos mil cuatrocientos años después de que Tucídides reconstruyera los avatares de una identidad en curso, otros pueblos desbalagados -los mesoamericanos- empiezan a reconocerse en su unidad. No los amenazan las huestes de los Medos sino las del capitalismo desmecatado, y su resistencia no es a los planes de Jerjes sino a los de Bush y Fox; pero, como los griegos de entonces, han llegado a la conclusión de que no pueden hacer “cosa memorable cada ciudad de por sí” y que sólo “todos a una y de común acuerdo” podrán, si no echar a los nuevos “bárbaros”, sí parar el Plan Puebla-Panamá (PPP), el Área de Libre Comercio de las Américas (ALCA) y otros planes ominosos del tirano.

### **II**

Los campesinos de México, Centroamérica y el Caribe tenemos una larga y compartida historia de lucha. Y en las últimas décadas nos aquejan las mismas desgracias: contrarreformas agrarias privatizadoras, políticas agrícolas excluyentes, caídas abismales de los precios de las materias primas agropecuarias, negación de los derechos y libertades políticas, represión, hambrunas, desempleo, migración... Pero desde el fondo del túnel, los indios, negros y mestizos de la cintura del continente hemos dicho ¡basta! Mesoamérica no sólo tiene un pasado esplendoroso, también tiene futuro. De nosotros depende construirlo.

Convocatoria al Primer Encuentro Campesino Mesoamericano

El sábado 19 de julio de 2003 en El Progreso, Municipio de Santamaría, Departamento de La Paz, República de Honduras, los sicarios de una empresa maderera dispararon sobre campesinos que luchaban por la tierra dejando dos muertos y varios heridos. El crimen fue una señal de los terratenientes al presunto “diálogo nacional”, que debía iniciarse dos días después. El lunes 21 el Consejo Coordinador de Organizaciones Campesinas de Honduras (Cococh) encabezó una manifestación en Tegucigalpa reclamando justicia.

Hasta aquí nada fuera de lo común en la dolorida Centroamérica. Lo inhabitual fue que entre quienes protestaban ante la residencia del presidente Maduro y frente al ministerio de Reforma Agraria, había hondureños, pero también decenas de campesinos nicaragüenses, salvadoreños, costarricenses, panameños, guatemaltecos, beliceños, mexicanos, cubanos. Lo inédito es que en las consignas se recordaba al indio Lempira, pero también a Zapata, a Martí, a Sandino. Y lo insólito: los vítores a Honduras, a Cuba, a Nicaragua, a Costa Rica, a México, se entreveraban con vivas a Mesoamérica, primero tímidos y luego estentóreos. Así, Mesoamérica -hasta hace un par de años poco más que una desconocida entre los centroamericanos, mexicanos y caribeños del común- resultó materia de nuevas consignas, unas de corte clásico: *¡Mesoamérica unida, jamás será vencida!*; otras más recientes y de hechura azteca: *¡El campo mesoamericano no aguanta más!*; y alguna de inspiración altermundista: *¡Otra Mesoamérica es posible!*

Desde hace mucho los *pinoleros* escapan de Nicaragua a tierras *ticas* o panameñas pues ahí hay más empleo; es costumbre ancestral de los indios mam guatemaltecos cruzar al Soconusco para las pizcas de café; en los años setenta las diásporas ocasionadas por guerras civiles y catástrofes naturales engrosaron las huestes de trasterrados centroamericanos en México; en los últimos tiempos cada vez más *catrachos*, *chapines*, *pinoleros* y *guanacos* abandonan Honduras, Guatemala, Nicaragua o El Salvador y cruzan el Suchiate en su alucinado curso a la gran ilusión americana; y en otro orden de tránsitos, son centenarias las peregrinaciones de los zapotecos de Oaxaca al santuario del Señor de Esquipulas, en la frontera entre Honduras y El Salvador. Pero las trashumancias de ahora son diferentes: los mesoamericanos que en los últimos tres años animaron foros multitudinarios en Tapachula, Xelajú, Managua, Tegucigalpa y otras ciudades de la América de en medio, sueñan sueños guajiros en vigilia, van en pos de utopías que, en los tiempos canallas que corren, resultan satisfactores de primera necesidad.

El airado coro multinacional que en las calles de Tegucigalpa reclamaba justicia para sus hermanos sacrificados ya había ensayado consignas en México, en Guatemala y Nicaragua al calor de las habituales marchas con que culminan los encuentros multinacionales de la región. Intercambios que iniciaron en mayo de 2001 con un Primer Foro Social, realizado en Tapachula, Chiapas; prolongado en noviembre de ese mismo año con un Segundo Foro, en Quetzaltenango, Guatemala, al que siguió el tercero en Managua, Nicaragua, en julio de 2002, y el cuarto en Tegucigalpa; Honduras, en julio de 2003.

El agravio disparador de las reuniones fue el PPP: el Pedro Páramo de los programas de gobierno. Un eufónico proyecto del presidente Fox que no acaba de cuajar, pero que al ponerle nombre y apellido a la injusticia mesoamericana gestó intenso rechazo social. Resistencia quizá desproporcionada a los cortos alcances de la iniciativa presidencial mexicana, aunque apenas suficiente para enfrentar los muy reales estragos que el malhadado “modelo de desarrollo” ha causado y causa a la región. Pues si en la cuenta larga la cintura del continente ha sufrido las inclemencias sociales y ambientales del mercantilismo absoluto -un sistema malo en las metrópolis pero infame en las colonias, que en el sur de México, Centroamérica y el Caribe encarnó en economías de enclave-, en la cuenta corta padece el agotamiento de la agroexportación periférica y la abismal depreciación de las materias primas de origen agropecuario, al tiempo que resiente el arranque de un nuevo saqueo, ahora orientado a recursos no tradicionales, como las reservas de agua y la biodiversidad; por si fuera poco, también hay daños de coyuntura, derivados del persistente estancamiento de la economía mundial: cierre de maquiladoras, reducción del turismo, astringencia de las inversiones. Frente a las calamidades civilizatorias provenientes del modo de producción, de los saldos nefastos del sistema colonial y neocolonial, de los lastres de Estado que significan acuerdos comerciales como el Tratado de Libre Comercio de América del Norte (TLCAN) -que siendo leyes nos

comprometen estratégicamente-, pareciera que Mesoamérica se sobreactuó en su respuesta a un programita sexenal y prematuramente achacoso como el PPP.

Porque el Puebla-Panamá es un proyecto devaluado, una más de las promesas -o amenazas- incumplidas que propina a diestra y siniestra el presidente Fox. En marzo de 2002 Marcelo Antinori, coordinador de la Unidad de Apoyo del Banco Interamericano de Desarrollo (BID) al programa, dijo: "Las acciones del PPP serán limitadas, pues la inversión con que se financia proviene de recursos fiscales, que son pocos; o de préstamos, que no son fáciles de conseguir". Pero cuando el Banco negoció una línea de crédito hasta por cuatro mil millones de dólares, tampoco se destrabaron las cosas, pues como meses después señaló el propio Enrique Iglesias: "La oferta de crédito del BID y de otros organismos financieros no es la limitante para la puesta en marcha y ejecución de los objetivos del PPP... sino la capacidad de endeudamiento de los países" (Enrique Iglesias, 2002). A fines de julio de 2003, mientras que en Tegucigalpa, Honduras, mil seiscientos participantes provenientes de quince países daban inicio al Cuarto Foro Social Mesoamericano por la Autodeterminación y la Resistencia de los Pueblos, el más reciente de la secuela de encuentros contra el PPP, en México el secretario de Relaciones Exteriores se extenuaba en el enésimo intento de relanzar el programa, si no hasta el Darién sí cuando menos hasta el Suchiate, firmando con ocho gobernadores del sureste un Convenio de Colaboración, para que en diciembre se tuvieran planes de desarrollo por estado. ¡Apenas proyectos por entidad federativa a tres años de que el programa arrancó formalmente! Y para colmo, los gobernadores no se fueron convencidos: "mientras el PPP no sea prioritario en el Plan Nacional de Desarrollo" -dijeron-, "todo quedará en papeles sin ninguna utilidad ni validez" (La Jornada, 19 de julio de 2003).

Puesto en *stand by* por la recesión económica mundial y el cambio de prioridades derivado de la primera guerra del milenio, el PPP está congelado. Es verdad que el BID negoció una línea de crédito, pero en condiciones de no crecimiento económico es dudoso que los gobiernos la utilicen plenamente. Y en cuanto a los recursos fiscales propios, la caída de ingresos tributarios dificulta cubrir el gasto corriente y los previos compromisos de inversión, cuantimás las grandes erogaciones que demanda Mesoamérica. De hecho lo más cuantioso son los cinco mil millones de pesos de recursos propios que México destinó en 2003 al corredor carretero del Golfo, pues de los cuatro mil millones de dólares disponibles, nuestro gobierno solicitó a crédito la inaudita cantidad de... veinte millones. En cuanto a la pretendida interconexión energética centroamericana, es en realidad una privatización del servicio a favor de las trasnacionales, que de arranque están elevando las cuotas al servicio doméstico, y en el caso de México puede resultar un nuevo descalabro político del presidente Fox, pues se pretende "impulsar la promulgación de una ley regional de concesiones que permita a los inversionistas financiar proyectos de infraestructura, sin obstáculos legales", lo que presumiblemente violaría una vez más nuestra Constitución. Finalmente, en lo tocante a la inversión privada, que debía inundar el sureste atraída por su ubicación, recursos y mano de obra barata, así como por la infraestructura, desregulación y exenciones fiscales, más que llegar con alborozo se retira atropelladamente. Y es que al retroceso de la producción mundial se agregó más recientemente el del consumo; y la industria del montaje, centrada en confección, electrónica y autopartes, está despidiendo personal o cerrando plantas.

Paradójicamente cuando los críticos más acérrimos denostábamos al PPP porque nos iba a traer una invasión de maquiladoras, megadesarrollos turísticos y plantaciones agroexportadoras, amén de creciente exclusión social y mayor migración, resultó que el más angustioso problema mesoamericano del momento es que la maquila está cerrando, que el empleo en turismo disminuye, que las fincas cafetaleras, bananeras y otras, contratan menos cosechadores. Y en el extremo: si hasta hace unos meses era preocupante que los jóvenes emprendedores desertaran de sus comunidades para buscar fortuna en *el gabacho*, hoy lo alarmante es que se endurecieron las fronteras, tanto para cruzar a México como para entrar a Estados Unidos, de modo que cada día es más difícil emigrar.

Resulta que cuando alertábamos contra una nueva oleada de colonización salvaje, que presuntamente ocuparía los espacios aún vacantes del sureste, estamos enfrentando lo contrario, el reflujo de capitales y la recesión. Y sucede que aún peor que tener un empleo negro en la maquiladora es perderlo; peor que derrengarse pizcando café para los finqueros del Soconusco es que este año no hayan contratado a 60 mil cosechadores guatemaltecos sino

a 30 mil y el resto se haya quedado pasando hambres en su tierra; peor que la familia desgarrada porque el padre se fue de mojado es la familia en crisis porque el padre regresó con el rabo entre las piernas.

Naturalmente esto no quiere decir que de ahora en adelante vamos a clamar por más maquiladoras, más plantaciones negreras, más migración... pero tampoco por menos. No queremos que llegue lo que nos anuncia el PPP, pero tampoco podemos conformarnos con que no llegue, o con que se vaya lo que ya llegó. Lo que en verdad hace falta es abrirle paso a otra cosa: un cambio de vía, un desarrollo alternativo.

Al sureste mexicano y a Centroamérica les urge una reactivación agrícola, que no sea la del monocultivo privado y de plantación, sino de talante campesino; una agricultura sustentable, justiciera y empleadora que aproveche las ventajas comparativas para exportar, pero también abastezca de básicos al mercado interno. A Mesoamérica le hace mucha falta la industrialización, pero no en plantal ensambladoras contaminantes, negreras y golondrinas, sino integrada en cadenas productivas. A la cintura del continente ya le anda por aprovechar sus recursos naturales y privilegios biológicos, pero no depredándolos y privatizándolos, sino en abono de sus comunidades y garantizando su preservación.

Así las cosas, los PPPfóbicos pasaron a ocuparse también de cuestiones más trascendentes y acuciantes como el TLCAN; la ominosa ALCA que promueve Washington, y su avanzada mesoamericana, un tratado de libre comercio entre los países centroamericanos y Estados Unidos, que en estos meses cocina; el impacto regional de los acuerdos de la Organización Mundial de Comercio (OMC), que en septiembre se reunió en Cancún; la desmedida y ominosa ingerencia del Banco Mundial en el Corredor Biológico Mesoamericano; la amenaza económica y ambiental que representan las semillas transgénicas; los derechos autonómicos de los pueblos indios, pendientes de reconocer; la migración incontenible que vacía pueblos, regiones y países enteros. Todos temas caros a la llamada "sociedad civil" y que sus expertos ya tienen muy puestos.

Pero los verdaderos protagonistas de los encuentros no han sido las omnipresentes y claridasas organizaciones de activistas profesionales, sino los menos cultivados pero más bastos agrupamientos gremiales. Aunque por lo general las ONGs presiden la mesa de debates y fijan la agenda, a la postre ellas no son los pesos pesados de la resistencia mesoamericana, protagonizada más bien por las organizaciones sociales de base, que en otros tiempos hubiéramos llamado agrupaciones *de clase*. Y ante todo las organizaciones campesinas e indígenas, mayoritarias en una región donde lo rural es aun la clave del futuro.

Impuestos a reunirse por razones prácticas y para acordar acciones, los rústicos no se hallan del todo en foros básicamente declarativos como el mesoamericano, que además, para su cuarta edición, ya comienza a sonar reiterativo. Así, después de la reunión de Xelajú, algunas organizaciones rurales decidieron impulsar un intercambio entre pares, convocando al Primer Encuentro Campesino Mesoamericano, que se realizó en Tapachula, Chiapas, en mayo de 2001, con la participación de 270 delegados de casi sesenta organizaciones rurales, la mayor parte mexicanas. La desproporción se corrigió en el Segundo Encuentro, celebrado en Managua, Nicaragua, en julio de 2002, al que asistieron menos agrupaciones pero más representativas de la región, pues la mayoría de los 170 delegados, de medio centenar de organizaciones, era centroamericana. El Tercer Encuentro, que tuvo lugar en Tegucigalpa, Honduras, en julio de 2003, con casi 200 delegados de alrededor de cincuenta acuerpamientos, resultó aun más equilibrado y representativo: de México participaron unos cuarenta dirigentes; hubo delegaciones muy nutridas de Honduras, Guatemala, Nicaragua y El Salvador; algo menores de Costa Rica, Panamá y Belice; y por primera vez, asistió una representación de la cubana Asociación Nacional de Agricultores Pequeños (ANAP).

Las primeras reflexiones colectivas de la convergencia se centraron en el severo diagnóstico de los males que aquejan a la región y el recuento de las principales vertientes por donde fluye el movimiento agrario mesoamericano. Para el Segundo Encuentro ya se pudo aprobar una plataforma común, y en el tercero se formalizó una coordinación regional bautizada Movimiento Indígena y Campesino Mesoamericano (Moicam).

La cintura del continente es el corazón rural de América: casi la mitad de los sesenta y cuatro millones de habitantes que pueblan sus cien millones de hectáreas vive en el campo y

alrededor del 40% trabaja en la agricultura. Es también el núcleo de la América indígena: uno de cada cinco mesoamericanos milita culturalmente en alguno de los pueblos originarios. Por último, la "tercera raíz" de nuestro mestizaje es patente en Belice y Panamá, y aun más en los países del Caribe. Pero Mesoamérica es, además, la provincia más pobre de un subcontinente pobre: aquí el ingreso *per capita* es la mitad del latinoamericano -de por sí muy bajo- y dos de cada tres personas son indigentes. Miseria que con frecuencia deviene hambre, pues sólo México, Panamá, Costa Rica y Belice tienen cierta seguridad alimentaria, mientras que los demás países prácticamente no cuentan con reservas de granos. Las nuevas riquezas del tercer milenio, biodiversidad y recursos naturales, son abundantes en un ámbito con enormes reservas de agua dulce, que medidas en metros cúbicos *per capita*, son elevadísimas en Belice y Panamá, muy altas en Nicaragua y Costa Rica, altas en Honduras y Guatemala y aceptables en El Salvador y México; y donde hay cerca de diez mil especies animales, entre mamíferos, aves, reptiles, anfibios y peces y más de 7.500 especies de plantas, muchas de ellas endémicas, además de innumerables insectos y microorganismos.

Pero mientras las avanzadas de las corporaciones trasnacionales llegan a la pródiga región husmeando sus recursos, los mesoamericanos se van: algunos a los enclaves económicos demandantes de mano de obra barata ubicados en México, Costa Rica y Panamá, otros rumbo al legendario norte gabacho. Y la mayoría emigra "a raíz"<sup>1</sup>, a puro valor mesoamericano. Así, de cada 100 indocumentados residentes en Estados Unidos 60 son latinos y de ellos 40 son mexicanos, 10 salvadoreños, 4 guatemaltecos, 2 nicaragüenses y 2 hondureños.

Para una región en vilo y siempre al borde del desastre, la plataforma del Moicam es mucho más que una propuesta sectorial, es un proyecto de futuro. Porque en los encuentros campesinos no se discute sólo de agricultura, se debate el destino de Mesoamérica toda: o bien una neocolonización salvaje e inhóspita que siga poniendo los haberes endémicos de la región al servicio de la acumulación rapaz y especulativa: extracción de recursos, privatización de especies, establecimiento de plantaciones especializadas, instalación de corredores de servicios comerciales, maquiladoras, turismo dorado; negocios cuyas ganancias se fincan menos en la inversión productiva y más en la depredación ambiental-laboral y en las rentas de la tierra (su fertilidad y ubicación), del subsuelo y sus recursos, del agua, de la vida, del paisaje, de la cultura... O bien una articulación desde abajo y hacia adentro, una integración habitable sustentada en la economía solidaria y asociativa de los campesinos y en general de los trabajadores directos.

Como sustento de esta encrucijada civilizatoria, en Tapachula, Managua y Tegucigalpa se diagnosticó la creciente pérdida de soberanía alimentaria -con su secuela de hambrunas recurrentes- y la irrefrenable merma de soberanía laboral -expresada en estampidas poblacionales-, saldos de la guerra comercial emprendida por Estados Unidos y la Unión Europea, que mientras subsidian y protegen su agricultura, nos imponen una apertura comercial que arrasa cultivos alimentarios, arruina campesinos y pone de rodillas a naciones incapaces de emplear a sus ciudadanos y producir suficientes alimentos. Se desmenuzaron también las causas de la estrepitosa caída de los precios de nuestras exportaciones agropecuarias: sobreproducción inducida, intermediación monopólica y especulación en bolsa en el caso de los productos bursatilizados. Se ponderó el curso de una reforma agraria, que se revierte en México y Nicaragua, que no ha llegado a Guatemala y que, inducidos por el Banco Mundial, los gobiernos tratan de suplantar con créditos para la compra de tierras. Y más allá de la economía inmoral que nos aqueja, se evidenció la falta de libertades políticas y de auténtica democracia participativa, así como el severo déficit en derechos humanos, tanto civiles como sociales, económicos y colectivos, destacando por sobre todo los derechos de género y el reconocimiento de las autonomías de los pueblos indios. Reconocimiento que deberá ser *de facto* en países como Nicaragua, donde son constitucionales pero no se practican, y *de facto* y *de jure* en México y Guatemala, donde están pendientes reformas constitucionales que los gobiernos pactaron con guerrillas en curso de pacificación y luego no cumplieron.

La especie de que el mercado nos hará libres, justos, democráticos... y hasta jóvenes y bellos; la falacia de que la riqueza gotea -como las cantarinas aguas de una fuente- y que habiendo crecimiento algún día habrá distribución del ingreso, son engañosas que buscan sustentar la propuesta de que la liberalización comercial es la llave del desarrollo. Hoy los mesoamericanos, que nos movemos entre los destrozos ocasionados por los pactos

comerciales, sabemos que no es así: ni la integración virtuosa ni el desarrollo equitativo se procuran desregulando el mercado. Más bien es lo contrario: el Tratado de Libre Comercio de América del Norte, pero también el que firmó México con los tres países centroamericanos del llamado "Triángulo del norte" (Guatemala, El Salvador y Honduras), han ocasionado desarticulación de la economía y regresión social en los asociados más débiles. Y lo más grave es que en los tratados hipotecamos nuestro derecho soberano a defender los grandes intereses nacionales, enmendándole la plana al mercado si hace falta, para hacer viables ámbitos de la producción o distribución que son socialmente necesarios, aun si no fueran "competitivos" (sobre todo si se les mide con distorsionados y artificiosos parámetros internacionales).

Convencidos de que al comercio no hay que liberarlo sino amarrarlo y que una sociedad libre sólo es posible con un mercado domesticado, los mesoamericanos han llegado a añorar los viejos y fracasados proyectos de integración centroamericana, que buscaban potenciar las dudosas complementariedades económicas regionales. En tiempos de globalización a ultranza es difícil planear una articulación regional introvertida, pero en todo caso es claro que la integración social de la región no se está logrando *gracias* al libre comercio sino *contra* el libre comercio: Mesoamérica se incorpora gradualmente de su postración porque ha tocado fondo, porque la ilusión mercantilista no da para más y hay que buscar paradigmas de repuesto.

No es casual entonces que el Moicam, constituido formalmente a fines de julio de 2003, haya desarrollado su primera acción multinacional y coordinada a mediados de septiembre del mismo año, promoviendo y participando en el Foro Internacional Campesino y la Marcha Internacional por los Derechos de los Campesinos y la Soberanía Alimentaria, que se realizaron en Cancún, Quintana Roo, con motivo de la Quinta Reunión Ministerial de la OMC.

Establece la Plataforma Campesina Mesoamericana, en su segundo apartado, referente a la soberanía alimentaria: La comida es una arma en manos del Imperio. Es por ello que los países poderosos y sus trasnacionales están empeñados en una cruenta guerra mundial por desmantelar las agriculturas de los países débiles y por acabar con los campesinos que cosechan productos básicos, pues una nación que no puede garantizar la alimentación de sus ciudadanos es una nación sometida... Entendemos por soberanía alimentaria el derecho de los pueblos a definir sus propias políticas y estrategias sustentables de producción, distribución y consumo de alimentos... Y en nuestros países esto sólo es posible con base en la pequeña y mediana producción, respetando y promoviendo los modos campesinos e indígenas de producción agropecuaria, forestal, pesquera, artesanal, así como de comercialización y de gestión de los espacios rurales... (Sin autor: 2003).

De modo que para el Moicam es prioritario luchar contra el avance de las negociaciones de la OMC en torno a un acuerdo agrícola donde las grandes potencias se disputan el mercado planetario y los verdaderos perdedores son los países pobres y sus pequeños productores rurales.

Así, Mesoamérica debuta en el escenario de la resistencia global con rostro campesino. Porque los globalicríticos presentes en Cancún fueron variopintos y destacó la lucha contra la liberalización y privatización de los servicios públicos, pero el Foro Internacional Campesino y sus consignas: *¡Fuera la OMC de la agricultura!*, *¡Fuera los alimentos de la OMC!* y *¡No a las patentes sobre la vida!*, resultaron el eje de las movilizaciones. La iniciativa del foro y de la marcha fue de *Vía Campesina*, una red mundial donde se alinea la mayor parte de las organizaciones mesoamericanas del Moicam y que constituye la mejor muestra del nuevo y pujante internacionalismo labriego. Los rústicos presenciaron el nacimiento del capitalismo, han sido premisa insoslayable de su reproducción y están presentes en la disyuntiva civilizatoria del tercer milenio; porque los campesinos son una muchedumbre en perenne rebeldía; una clase en vilo, hoy globalizada, que se alinea con pleno derecho en las huestes altermundistas.

### III

Quizá Mesoamérica pueda lograr su integración [...] copiando [...] las formas [...] de su poderoso vecino del norte [...] (para) [...] después aliviar su inconformidad con los ritos de un nacionalismo exacerbado [...] ¿O bien encontrará algún día su propio camino? (Presa) [...] entre el ayer y el mañana. Mesoamérica sigue en vías de formación. El gallo ha cantado [...] (pero) [...] transcurrirá algún tiempo antes de que el sol se levante; sin embargo los hombres escudriñan el cielo porque sus vidas dependen del mañana.

Eric Wolf, *Pueblos y culturas de Mesoamérica*

La pluralidad geográfica y ambiental mesoamericana soportó un rompecabezas de culturas. En los orígenes todos éramos hombres de maíz (y de yuca y de plátano...), tanto en términos agroalimentarios como cosmogónicos, pero los nahuas le llamaban *centli*, *zuba* los zapotecas, *kosak* los chontales, *mok* los zoques, *xál* los mam y *nal* los mayas. En sus momentos expansivos las grandes culturas irradiaron sobre esta enriquecedora diversidad sin suprimirla; el extenso imperio tenoxca era un mosaico variopinto de usos y costumbres, articulados por el comercio, el tributo y el náhuatl como lengua franca.

Mesoamérica no era en el siglo XVI un territorio delimitado con precisión y políticamente centralizado, son la conquista y ulterior dominación las que le confieren inédita unidad: primero al ámbito nuclear, densamente poblado y “civilizado”; y paulatinamente a su periferia “salvaje” de tenue demografía pero promisoría riqueza minera. Al agotarse las posibilidades de saqueo fácil, la sed de oro de los españoles los lleva a extender su dominación hacia el norte y el sureste, empleando recursos y brazos de los sojuzgados. Y por obra de la codicia colonial Mesoamérica dilata sus fronteras.

La nueva articulación económica, refundación sociopolítica y mudable delimitación geográfica de la América novohispana -como parte del dominio español-, hacen del territorio un ámbito de acriollamiento, mestizaje y resistencia, creando un nuevo talante mesoamericano y embarneciendo nuevos sujetos históricos. Para O' Gorman se trata de la “invención de América”, resultante del esfuerzo criollo por transformar “una España en el Nuevo Mundo en una España *del* Nuevo Mundo”. De ahí, escribe el historiador en sus meditaciones sobre el criollismo, “surgió (...) la rebeldía (...) el resorte (...) impulsor de la historia novohispana” (O' Gorman, 1970[a]). Cierto, pero también hay otra rebeldía, otro desasosiego, no producto del trasplante sino de raíz propiamente mesoamericana: la rebeldía indígena y mestiza, empeñada igualmente en reinventarse, pero no como Nueva España trasterrada sino como América Nueva.

Así, durante los siglos XIX y XX, la rebeldía de un mestizaje que no reniega de su herencia indígena deviene nacionalismo: una poderosa fuerza cohesiva fincada en construir la unidad de los diversos a partir de la resistencia al enemigo común: primero el dominio directo español, más tarde la incursión de otras potencias europeas y finalmente la intrusión estadounidense, manifiesta en su expansionismo territorial y penetración económica (a veces ejércitos de ocupación, con frecuencia compañías transnacionales, siempre los perentorios dictados de *La Embajada*)<sup>2</sup>.

En el siglo XX de las revoluciones (interrumpidas como la mexicana, derrotadas como la guatemalteca, enclaustradas como la cubana, revertidas como la nicaragüense), la Mesoamérica ancestral y en algunos casos las raíces afrocaribeñas, reaparecen en el discurso de los Estados nacionales como fundamento mítico de la identidad. Retórica, en verdad, pues el reconocimiento de nuestra “tercera raíz” y el pasmo ante los logros culturales del indio muerto por lo general encubren la ofensiva marginación de los negros y de los indios vivos; remanentes presuntamente degradados de tiempos idos, que el “indigenismo” pretende redimir asimilándolos a una “cultura nacional” que deglute simbólicamente a la indianidad y la negritud para excretarlas neutralizadas y así poder conculcarlas en la práctica sin mayores costos para el mítico patrimonio cultural de la nación.

Con esta intrincada genealogía, no sorprende que los anfitriones hondureños hayan empleado como emblema del tercer Encuentro Campesino un mapa de Mesoamérica que empieza en el Río Bravo y termina en el Darién; ni que, puestos a hacer, los integrantes del Moicam hayan decretado en los resolutivos del encuentro que “Para fines de esta alianza, entendemos por Mésoamérica a Centroamérica (Belice, Guatemala, El Salvador, Honduras, Nicaragua, Costa Rica y Panamá), México (en su totalidad) y El Caribe” (Moicam, mimeo). Porque más allá de las definiciones geográficas, históricas o etnográficas, Mesoamérica es una entidad viviente, una identidad colectiva en construcción.

Muchos dirán que las islas del Caribe no tienen nada que hacer en la jugada identitaria y no faltará quien objete la pertenencia de Belice y Panamá a Centroamérica, cuantimás a Mesoamérica. Pero el problema serio es México. Si para los *gringos* Sudamérica empieza en el “Río Grande” y según los *chapines* Norteamérica arranca en el Suchiate, los *aztecas* estamos en el limbo. Geográficamente somos parte Norteamérica y parte Centroamérica; para nuestros gobernantes recientes -empresarios o tecnócratas que sueñan en inglés- no hay duda: México está llamado a ser la provincia más equinoccial de la Norteamérica yanqui; y en la percepción centroamericana México es tierra hostil: un *Big Brother* prepotente y cada día más persecutorio, sobre todo desde que nos volvimos cancerberos del Imperio, con programas de militarización de la frontera como el Plan Sur: el hermano feo del PPP.

La distancia entre México y Centroamérica es cultural, idiosincrática. Si el antiyanquismo mexicano se alimenta de la pérdida de nuestros estados septentrionales, para un guatemalteco México es el país que les quitó la mitad del territorio, una demarcación que originalmente se correspondía con el área cultural maya. Si la inequidad económica de Estados Unidos para con México, reforzada por el TLCAN, es agravio del *gabacho* que renovamos todos los días; la asimetría comercial México-Centroamérica (por cada dólar que importamos de la región exportamos cuatro), fortalecida por inicuos tratados comerciales (con Costa Rica [1995], con Nicaragua [1997] y con Guatemala, Honduras y El Salvador [2000], que no reconocen las asimetrías, no incorporan el principio de nación más favorecida, no consideran cooperación para el desarrollo y no incluyen derechos sociales, laborales, ambientales ni migratorios), es ofensa cotidiana que encona la relación. ¿Cómo podemos nosotros no ser antiestadounidenses, cuando todos los años ese país expulsa a un millón de indocumentados, la mayoría mexicanos? ¿Cómo puede Centroamérica no sentir rencor por México cuando todos los años nuestro país deporta entre cien y doscientos mil indocumentados, la mayoría centroamericanos?

Cierto, los agravios provienen del gobierno norteador, no del pueblo mexicano, pero de todas maneras no será fácil remontarlos. Y sin embargo es indispensable hacerlo, pues únicamente de esta manera es viable la región. Sólo así será transitable Mesoamérica como territorio, como ámbito de integración económica y convergencia societaria, como herencia cultural viva, como patrimonio cultural, como identidad en construcción, como imaginario colectivo, como compromiso pendiente.

Para México la necesidad de optar entre Norteamérica y Mesoamérica es una encrucijada histórica. Cuando la gerencia de la nación mira hacia el norte, anhelante y obsequiosa (“No se puede mamar y dar de topes”, Jorge Castañeda siendo secretario de Relaciones Exteriores), reconforta que los campesinos, y en particular los del sureste, se la jueguen con el sur. Pero la apuesta equinoccial involucra a México como un todo. Si los tratados comerciales sólo tienen sentido si abarcan al conjunto de nuestra economía, los presuntos acuerdos multinacionales para la integración económica y el desarrollo no serán viables si no los abordamos como nación. Los desafíos mesoamericanos quizá empiezan en el Darién panameño, pero no terminan en Puebla -como quiere el PPP; en verdad siguen hasta el Río Bravo.

Sin duda, de la cintura para abajo, el país tiene particularidades, y en cierto sentido el sur es paradigma del México profundo, del México rural. El sector más capitalizado de nuestra agricultura está en el centro-norte y noroeste, no tanto por potencial agroecológico como por el modelo técnico adoptado y porque ahí se hicieron las mayores inversiones en infraestructura hidroagrícola y se concentraron el fomento y los subsidios. El sur, en cambio, es la región menos capitalizada, pese a su ruralidad sociocultural y a que en estados como Chiapas, Oaxaca y Guerrero alrededor de la mitad de la Población Económicamente Activa (PEA) se ocupa en el sector primario. Y tampoco, en este caso, por presuntas vocaciones, pues los

recursos son ahí relativamente abundantes, si no en tierras planas, gruesas y fértiles, sí en agua, potencial forestal y biodiversidad, entre otros. Sin embargo la región no ha recibido ni las inversiones ni el fomento necesarios para su aprovechamiento sustentable. En cambio padece el embate de la silvicultura predatora, ganadería extensiva y agricultura nómada, que combinadas ocasionaron deforestación grave, mermas biológicas, degradación de los suelos y pérdida de recursos hídricos, todo asociado con un severo daño social.

Usando, para calcular, la regionalización del PPP (Veracruz, Puebla, Guerrero, Oaxaca, Tabasco, Chiapas, Campeche, Yucatán y Quintana Roo), algunos datos duros testimonian el atraso de una zona donde el 27% de la PEA produce únicamente el 18% del Producto Interno Bruto (PIB), rezago que se haría mayor excluyendo entidades atípicas como Puebla y Veracruz, que generan ellas solas casi la mitad del PIB regional, de modo que los otros siete estados apenas aportan el 10% del PIB nacional. Su fuerte ruralidad se evidencia en que teniendo la región poco más de un cuarto de la PEA, laboran en ella casi la mitad de todos los trabajadores agrícolas; es decir que el sur es dos veces más campesino que el país, pues ahí el sector primario genera el 40% del empleo, cuando para el conjunto de la economía el porcentaje no llega al 20. En rendimientos físicos el sur no anda mal: sobre el 32% de la superficie cultivada se cosecha en toneladas el 33% del total, pero en rendimientos económicos hay rezago, pues el precio de lo ahí producido es de alrededor del 26% del total, de modo que sobre un tercio de las tierras agrícolas se obtiene poco más de un cuarto del valor de la producción; situación agudizada por las bajas cotizaciones de productos como el café y otras materias primas tropicales. Y los indicadores sociales son desastrosos: el 66% de la población del sur se encuentra en pobreza extrema, el 15% es analfabeta, el 20% de las viviendas tienen un solo cuarto, el 30% carece de agua entubada y el 40% de drenaje, etcétera.

Pero, sin soslayar sus desafíos específicos y sus específicas potencialidades, la problemática del sur demanda compromisos y acciones de tesitura nacional. Lo he escrito en otra parte:

Tras la idea de que los asuntos del sur se resuelven en el sur, subyace una visión dicotómica del país, según la cual hay un México moderno, globalizado y viable, que es el del norte; y un México premoderno, subdesarrollado y quizá no tan viable, que es el del sur. Un país blanco, urbano, cosmopolita y sustentado en la industria y los servicios; y otro país prieto, rural, provinciano y sustentado en la agricultura. Un México cuyo vecino es Estados Unidos y un México cuyo vecino es Guatemala. Pero esto no vale ni como metáfora. En verdad México es uno en su desgarrada diversidad. Sus regiones y sectores socioeconómicos están entrañablemente articulados; de manera asimétrica e injusta, sin duda, pero imbricados a morir. Y este extremoso entreveramiento nos define como nación. Nuestra agricultura soportó por décadas a nuestra industria, nuestras ciudades se conforman de migrantes rurales, nuestro sur provee los energéticos que nuestro norte consume, nuestra parte india otorga identidad a nuestro mestizaje, nuestra pobreza abismal sustenta nuestra ofensiva riqueza... Y el México del sur no es sólo el de las regiones equinociales; es el México de las desventajas comparativas, el México desconectado, redundante, anacrónico, demorado... Entonces, el desarrollo y la integración con Centroamérica necesitamos pensarlo desde México como un todo, porque nuestras semejanzas con los países del istmo no están sólo en el sureste; porque México puede ser la novena economía mundial pero es una sociedad subdesarrollada; porque el sur comienza en el Río Bravo y no en el Suchiate; porque, en fin, nuestros problemas profundos son los de Centroamérica y no los de Estados Unidos, de modo que en el sur están nuestros hermanos mientras que los del norte son, apenas, nuestros primos. (Bartra, 2003[a]).

Desde hace tres años los mexicanos de a pie están haciendo la tarea: a contrapelo de la lógica del mercado marchan rumbo al sur. Una y otra vez los campesinos de por acá -*aztecas*, nos dicen- cruzan por tierra fronteras inhóspitas que facilitan el paso de las mercancías y penalizan el de los hombres; aduanas al servicio de la globalización comercial donde se hostiga la mundialización plebeya. Porque en Quetzaltenango, en Managua, en Tegucigalpa, los esperan sus hermanos centroamericanos y caribeños. Y en el encuentro de Honduras, los *aztecas* fuimos recibidos con el lema *¡El campo no aguanta más!* en pañoletas, morrales y cachuchas; una consigna entrañable que todavía resuena en los campos, calles y carreteras de México. Porque los gobiernos del istmo están tramando con Bush un tratado de libre comercio con Estados Unidos, y los *catrachos*, *chapines*, *guanacos*, *pinoleros*, *ticos* y demás

centroamericanos, quieren saber cómo les fue a los aztecas con su TLCAN, y sobre todo con qué argumentos y tácticas están combatiendo el capítulo agropecuario del acuerdo.

Y así, del mismo modo en que los antiguos habitantes de la Hélade se volvieron griegos “echando a los bárbaros”, los hombres de la América de en medio, de la América crucial y crucificada, de la América profunda, se van haciendo mesoamericanos.

## Bibliografía

- Bartra, Armando 2001 “Sur. Megaplanes y utopías en la América equinoccial”, en Bartra, Armando (compilador) *Mesoamérica. Los ríos profundos* (México: El Atajo).
- Bartra, Armando 2002 “Hacia una nueva colonización del sureste”, en Álvarez, Alejandro et al. *Economía política del Plan Puebla-Panamá* (México: Itaca).
- Bartra, Armando 2003 “La invención de Mesoamérica”, en *Plataforma Campesina Mesoamericana* (México: Instituto de Estudios del Pueblo Maya, A.C.).
- Bartra, Armando 2003a Intervención en el *Primer Encuentro Internacional sobre Desarrollo e Integración Regional en el Sur de México y Centroamérica*, junio.
- Cdococh-Asocode 2003 *Memoria III Encuentro Campesino Mesoamericano “El campo no aguanta más”* (Honduras).
- Centro Alexander von Humbolt 2002 *Memoria III Foro Mesoamericano, Frente al Plan Puebla-Panamá el Movimiento Mesoamericano por la Integración Popular* (Nicaragua).
- Iglesias, Enrique 2002 “Entrevista con el director del BID”, en *La Jornada* (México, D.F.) 27 de junio.
- Levy, Santiago; Dávila, Enrique y Kesel, Georgina 1994 *El sur también existe. Un ensayo sobre desarrollo regional en México* (México: Secretaría de Hacienda y Crédito Público).
- Moicam 2002 *Resolutivos del Tercer Encuentro Campesino* (Managua: mimeo).
- O’Gorman, Edmundo 1970a *La invención de América* (México: Fondo de Cultura Económica).
- O’Gorman, Edmundo 1970b *Meditaciones sobre el criollismo* (México: Centro de Estudios de Historia de México. Condumex).
- Presidencia de la República 2000 *Plan Puebla-Panamá, Documento Base* (México: fotocopia).
- Sin Autor 2003 *Plataforma campesina Mesoamericana* (México: Instituto de Estudios del Pueblo Maya, A.C.).
- Tucídides 1980 *Historia de la guerra de el Peloponeso* (México: Porrúa).
- Villafuerte Solís, Daniel 2001 *Integraciones comerciales en la frontera sur. Chiapas frente al Tratado de Libre Comercio México-Centroamérica* (México: UNAM).
- Wolf, Eric 1980 *Pueblos y culturas de Mésoamérica* (México: ERA).

## Notas

Director del Instituto de Estudios del Pueblo Maya, A.C. y miembro del Comité Editorial de Chiapas.

1 Expresión mexicana que quiere decir “sin nada”. N. de E.

2 Término acuñado en América Latina y el Caribe para aludir a la representación de Estados Unidos. N. de E.